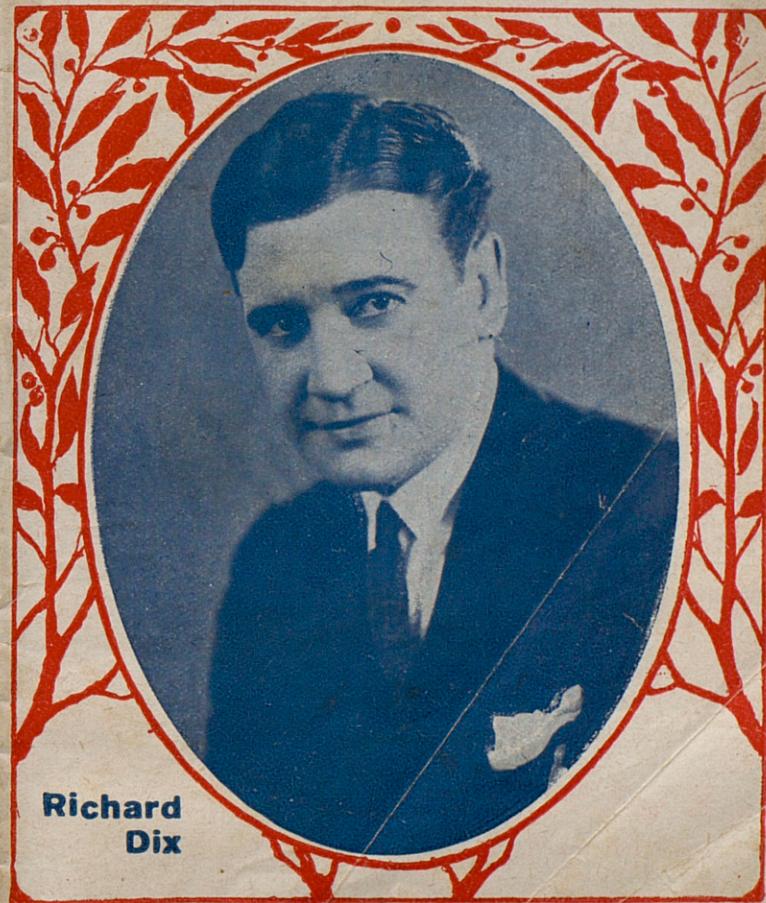


Biblioteca-Films

N.º
235 **VALOR Y HEROISMO** 25
CTS.



BIBLIOTECA FILMS
"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
Calle Valencia, 234-Apartado 707
Centro de Reparto de Suscripciones: Barbará, 15
B A R C E L O N A

AÑO V APARECE LOS MARTES Núm. 235

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

" "

MATUTE?

Valor y heroísmo

La más grande de las novelas de costumbres rancheras, en la que el amor y valentía están encarnadas en el púgil

RICHARD DIX

Por MANUEL NIETO GALAN



REPARTO

Ricardo Mensbourg **Richard Dix**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

En el suntuoso palacio de los Mesbourg acababa de dar las diez de la mañana. En un lujoso dormitorio de la regia mansión, Ricardo Mensbourg, uno de los descendientes de los antiguos y ricos banqueros, se despertó sobre saltado ante la insistente llamada de su ayuda de cámara.

—¿Qué hora es?—preguntó Ricardo entreabriendo los ojos y desperezándose lúgicamente.

—Las diez acaban de dar—respondió el sirviente.

—Pero hombre, ¿no te dije que me llamaras a las nueve?

—Así lo hice, señor.

—¿Y qué?

—Que el señor me tiró una zapatilla.

—¿Y por qué no repetiste?

—Repetí, pero el señor repitió tirándome la otra zapatilla—contestó el ayuda de cámara.

—Pobre Jack, que mal amo tuyo hago. Pe-

to, en fin, tal vez hoy te veas libre de mí para siempre—continuó diciéndole Ricardo, como para disculparse de su acción.

—No diga eso, el señor—protestó el criado—. Ya sabe que desde pequeño vivo al servicio de los señores y que le quiero de verdad.

—Yo también te quiero, mi buen viejo, y uno de mis mayores pesares es el tenerme que privar de ti—replicó Ricardo incorporándose en la cama—. Anda, visteme pronto, que hoy se decide mi suerte. Veremos lo que a mi señor tío se le ha ocurrido disponer de ello.

Ricardo Mesbourg era uno de esos muchachotes cuya franqueza se reflejaba en su rostro desde el primer golpe de vista, pero que debido a su alta posición, no había pensado nunca en que la fortuna heredada de su padre pudiera llegar algún día a su fin.

Nunca su bolsa estuvo cerrada para los amigos que, conociendo su prodigalidad, abusaban de ella descaradamente, hasta que por fin sobrevino la bancarrota, y la muerte de un hermano de su madre, viejo solterón, le hizo concebir sospechas de que con lo que heredara podría ponerle nuevos cimientos al desmoronado edificio de su fortuna que amenazaba un derrumbamiento completo.

Su única ocupación había sido, hasta entonces, los “sports”. No había torneo deportivo en que su nombre no figurara en lugar preemi-

nente. Era tirador temible, jiente intrépido, chaufer temerario, nadador incansable y sobre todo, era un boxeador invencible. Formaba parte de todos los clubs poniendo al servicio de su afición sus energías todas y su fortuna.

Aquella aureola le había dado cierta preponderancia entre las mujeres, pero siempre huyó de ellas, sin que jamás se detuvieran a inspeccionar la belleza de ninguna de sus admiradoras.

En esta inconsciencia de la vida, desoyendo los consejos de su tío, que quería a toda costa, repugnaba al carácter del muchacho, llegó a hacer de él un hombre de comercio, cosa que aquél estuvo en que su única salvación consistía en la herencia que le pudiera dejar su tío al morir.

Aquel día precisamente era el señalado para la lectura del testamento y Ricardo sin apresuramiento de ninguna clase que pudiera denotar el afán del dinero, se vistió y marchó tranquilamente hacia casa del notario.

A su llegada, los demás parientes, creyéndole heredero de casi toda la fortuna del muerto se deshicieron en expresiones de afectos, a las que él no les dió la menor importancia.

—¡Querido Ricardo!—exclamó un primo suyo, abrazándole. En la mirada de aquel ser repulsivo se reflejaba la impaciencia que lo devoraba por conocer la cuantía de la herencia que le correspondía. Creíamos que te había



Era un boxeador invencible.

sucedido algo grave y nos tenías con miedo.

—¿Miedo por mí, o por el temor de que se demorase la apertura del testamento?—repuso Ricardo, que nunca pudo soportar la presencia de aquel hipócrita encubierto.

—¡Qué cosas te se ocurren!—respondió su primo, sin denotar molestias por las palabras del otro—. ¡Ya sabes que siempre te he querido de verdad!

—Gracias, muchas gracias. Puedes estar seguro de que correspondo a tu “cariño” de igual manera—le contestó Ricardo.

El notario leyó los nombres de todos los familiares y en vista de que se hallaban todos presentes, exclamó:

—¡Señores, una vez reunidos todos los que se creen con derecho a conocer el testamento del señor Mesbourg, se va a proceder a la lectura de éste, según ordena la Ley.

Abrió un abultado sobre que había sobre la mesa y extrayendo de él un pliego manuscrito empezo a leer con voz campanuda.

“He aquí mi testamento en el que hago constar mi última voluntad.”

En plena posesión de todas mis facultades, nombró heredero de las tres cuartas partes del capital que poseo, incluyendo todos los inmuebles a mi sobrino Adolfo, y el resto a los demás parientes, con exclusión de mi sobrino Ricardo a quien le lego, para que sepa lo que es el trabajo, el rancho “La Amistad”, con la

condición de que si no se hace cargo de él en plazo de cuarenta y ocho horas pasará también a poder de mi sobrino Adolfo.”

Este, que momentos antes había reverenciando a su primo de la forma que acabamos de ver, al saberse poseedor de la herencia, miró a Ricardo burlonamente y le dijo:

—Siento mucho, querido primo, que nuestro tío se haya olvidado de ti.

—Pues yo siento mucho que de quien se haya acordado sea de ti precisamente, habiendo tantos parientes a quien dejarle su fortuna— respondió Ricardo—. Pero ya que es voluntad de nuestro tío, trabajaré como otro hombre cualquiera del Oeste.

—Me parece que esa vida no será muy ala-güeña para ti, acostumbrado a todas las comodidades—le contestó su primo, sonriéndose cínicamente.

Ricardo comprendió que de seguir aquella conversación su paciencia no duraría mucho y antes de dar un desagradable espectáculo prefirió ausentarse de aquel lugar donde todas sus ilusiones acababan de caer por tierra.

Cuando Jack, su buen ayuda de cámara, le vió entrar, sospechó que nada bueno había resultado de la lectura de aquel testamento y lo miró interrogativamente.

—Sí, Jack — respondió Ricardo, adivinando lo que su criado le quería decir con aquella mirada—. Soy completamente pobre. No me que-

da más que este palacio y un rancho en el Oeste para donde pienso partir hoy mismo. Desde ahora puedes disponer de ti y buscarme otro amo que te pueda pagar.

El buen sirviente bajó la vista ante el peso del infortunio que caía sobre su amo, y dando una prueba del inmenso cariño que sentía por su señor, exclamó:

—Yo... si al señor no le molesto, quisiera acompañarle en su nueva vida.

—Gracias, Jack—repuso emocionado Ricardo. Y con un abrazo sellaron los dos aquella prueba de confianza.

SEGUNDA PARTE

El rancho de "La Amistad" se hallaba encallado en pleno Oeste, limítrofe con el de Preting. El señor Preting, hombre bonachón, de quien sus criados hacían lo que querían, abusando de su bondad, vivía con su hija Margarita, una preciosa flor nacida en plena campiña, cuya belleza era deseada por Arturo Flinge, el capataz de su rancho, quien se había visto más de una vez rechazado en sus pretensiones amorosas por la gentil muchacha.

Desde hacía algún tiempo que el señor Preting veía que todas las noches desaparecía

ganado de su rancho, sin que la vigilancia que había ordenado establecer para evitar estos robos diera el menor resultado.

Sin embargo, de todas estas faltas hubiera podido dar cuenta su capataz, quien en unión de varios hombre más del rancho, se cuidaba de hacer desaparecer el ganado por las noches y, aprovechándose del abandono en que se encontraba el rancho de "La Amistad", lo hacía pasar por allí para conducirlo a la ciudad.

Cuando Ricardo se hizo cargo de la única herencia que le dejara su tío, empezó con gran actividad a reorganizar la vida del rancho y esto vino a entorpecer grandemente los planes de Arturo Flinge, que decidió hacerle la vida imposible.

Para ello envió a varios de sus hombres con el fin de que armasen cámorra con el nuevo propietario y los enviados se presentaron un día en la taberna del pueblo, donde sabían iba Ricardo, para distraer sus escasos ratos de ocio, y uno de ellos, haciéndose como que no le conocía, le dijo a su compañero.

—Me han dicho que ese "sietemesino" ha venido a hacer prosperar el rancho de "La Amistad". Según dicen es un hombre de la ciudad que se ha creído que tratar con nosotros es lo mismo que tratar con muchachas.

—No te importe—exclamó el otro—, cuando vea la diferencia bien pronto se marchará con el rabo entrepiernas.

Ricardo, al oír hablar de él de una manera tan despectiva, se acercó al grupo de los que murmuraban y exclamó:

—Me parece que están ustedes hablando demasiado del dueño del rancho de "La Amistad", sin conocerle.

—No es necesario—repuso uno de ellos—. Por lo pronto él bien se oculta para que no lo vea nadie. Tal vez el miedo.

El otro compañero rió estrepitosamente las palabras de su amigo y Ricardo, sin poder contenerse por más tiempo, le dió un terrible puñetazo que le hizo rodar por tierra.

El otro, al ver la agresión, se abalanzó sobre Mesbourg, pero éste, ágil como una ardilla, se deshizo de él de otro soberbio mandoble.

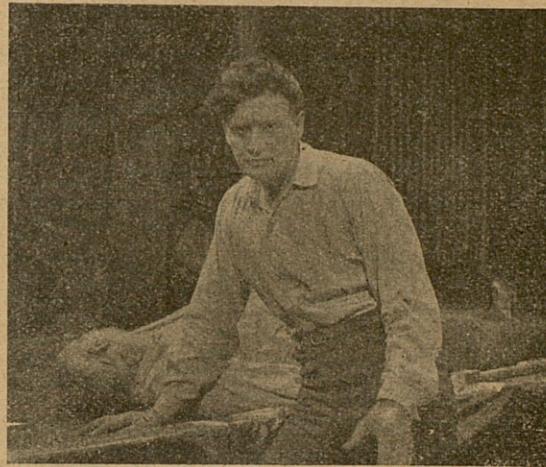
Los dos quedaron tendidos en el suelo sin conocimiento, y Ricardo, desafiando con la mirada a todos los demás, exclamó:

—Si hay alguno que quiera hacer causa común con estos dos hombres, que lo diga.

Nadie se atrevió a replicar y aquella hazaña fué comentada por todos los que la presenciaron, quedando desde aquel día proclamado Ricardo como un hombre de valor.

Ya en la puerta se le acercó un muchacho y, entrehándole la mano, le dijo:

—He visto lo que ha hecho usted con esos dos hombres y me ha entusiasmado. Usted es nuevo en este país y por ello voy a darle un consejo. Tenga cuidado que esos malvados



Desafiando con la mirada a todos los demás...

forman parte de una cuadrilla que no le dejarán tranquilo un solo momento.

—Poco me importan todos ellos—repuso Ricardo—. No obstante, le agradezco su buena intención y le ofrezco como recompensa trabajo en mi rancho.

—Acepto—le contestó el otro—. Yo soy Dick y también tengo algunas cuentas pendientes con todos esos canallas que han pretendido humillarlo.

Como dos buenos camaradas, que se hubieran encontrado después de muchos años, se

encaminaron hasta el rancho, donde Jack los sorprendió con una noticia poco agradable:

—Aquí ha estado el "sheriff"—le dijo a su amo—, y me ha dicho que tiene necesidad de hablar con usted urgentemente. Que le espere que volverá dentro de unos minutos.

En efecto, no había pasado media hora cuando se presentó el representante de la autoridad y le dijo:

—Señor Mebourg, vengo a participarle que dentro de cinco días tiene que abandonar este país.

—No veo la causa — respondió tranquilamente el muchacho.

—Es muy sencilla—siguió diciéndole el "sheriff"—, desde hace unos días se ven rastro de ganado en su rancho y coinciden precisamente con el que desaparece del de Preting.

—Pero eso es solamente una suposición. Vigilen ustedes y cuando comprueben los hechos obren en consecuencia—respondió Ricardo.

—No es necesario. Esta es mi última palabra. Dentro de cinco días debe usted abandonar este país.

Ricardo se quedó como quien ve visiones. No podía comprender cómo en un país que pasaba por civilizado pudiera atropelarse la libertad del ciudadano de aquella forma tan arbitraria. Creyó que el "sheriff" no cumpliría su amenaza, pero Dick le convenció de lo contrario, diciéndole:

—Aquí no estamos en la ciudad y el "sheriff" hará lo que dice. Lo mejor es que averiguemos quiénes son los ladrones, que según mis sospechas tienen que vivir en el mismo rancho.

—Sabe usted de alguien que se dedique a esta clase de "negocios"? — le preguntó Ricardo.

—No sé de nadie, pero sospecho del capataz—contestó, decidido Dick.

TERCERA PARTE

Convencido Ricardo de que el consejo de Dick era la mejor forma de solucionar el conflicto que se le presentaba, desde aquella misma noche empezó a rondar el rancho Preting dispuesto a descubrir a los ladrones.

Como dos reptiles, iban arrastrándose hacia la empalizada del rancho cuando un murmullo de voces los hizo detenerse y Dick exclamó:

—Es Arturo Flinge, tal vez escuchemos algo que nos interese.

Prestaron atención a lo que hablaban aquellos hombres y oyeron al capataz que les decía.

—Por ahora no podemos sacar más ganado, hasta que ese maldito Mesbourg se vaya del rancho. Le he hecho creer al "sheriff" que él

es el ladrón y dentro de cinco días ya estará lejos de aquí.

—Y no sería mejor quitarlo de en medio de una vez—propuso otro.

—¡No seas bárbaro!—le contestó el capataz—. Una muerte siempre es enredosa—. Se mete la justicia y no se sabe hasta dónde puede llegar.

—Piense que la Compañía Campring espera el envío de las cabezas de ganado que le habíamos ofrecido, las ha pagado y no se le puede hacer esperar mucho tiempo—exclamó otro de los reunidos.

—Así y todo es preciso aguardar—volvió a recomendar el capataz.

Ricardo y Dick oían sin hacer el menor ruido cuanto decían aquellos hombres; pero de pronto se vieron cogidos y atados fuertemente. Fué tan inesperado el ataque que ninguno de los dos tuvo tiempo para ponerse en guardia. Los opresores, tan pronto como los tuvieron sujetos, empezaron a llamar al capataz que acudió con sus hombres y preguntó, extrañado:

—Qué hacíais aquí?

—Enterarse de lo que no les importa—respondió uno de los hombres que habían sorprendido a los dos amigos.

—Conducirlos al rancho. Diremos que los hemos cogido robando el ganado y de esta forma nos veremos libre de él.

Todo era quietud y tranquilidad en la casa

de Preting, cuando aquellos desalmados, llevando fuertemente atados a los que figuraban como ladrones, entraron en ella dando grandes gritos.

El propietario del rancho, alarmado por aquella chillería, salió inmediatamente, y Arturo, señalando hacia los dos detenidos, le dijo:

—Señor Preting, por fin hemos podido encontrar a los ladrones de ganado. Preparaban uno de sus robos cuando hemos caído sobre ellos.

Margarita, que había salido con su padre, se quedó mirando a Ricardo y algo extraordinario debió notar en su cara cuando contestó:

—Nunca hubiera dicho que un hombre con el porte de éste pudiera dedicarse a un oficio tan canallesco.

Por primera vez en su vida, Ricardo se fijó en la belleza de una mujer. La de Margarita, sin saber por qué, produjo en él una honda impresión y no pudo apartar de ella los ojos durante un buen rato.

Tampoco el señor Preting estaba muy seguro de que aquellos hombres fueran lo que decía su capataz, y les preguntó:

—¿Es cierto lo que dice Arturo?

—Cuando él lo dice, sabrá por qué—repuso tranquilamente Ricardo.

Hasta ahora Margarita no había visto a Dick

y al verlo en unión del forastero, una mayor sorpresa se produjo en ella.

—¡Cómo, Dick!... ¿Usted ladrón?

—Así parece, señorita—respondió el aludido.

Margarita conocía a Dick de una vez que montando ella un potro, no acabado todavía de domesticar, el animal se asustó y él, con gran riesgo de su vida, salió en persecución del caballo, librando a la muchacha de una muerte segura.

No había olvidado ella aquel acto y, por lo mismo, no comprendía que un hombre que se había portado tan valerosamente fuera el mismo que se valía de las sombras de la noche para robar ganado. Mas, no obstante, las apariencias lo condenaban y se abstuvo de hacer ninguna nueva alusión, dispuesta, si la ocasión llegaba, a pagar la deuda de gratitud que con él tenía contraída.

A la mañana siguiente, el "sheriff" avisado de la detención de los supuestos ladrones, se presentó en el rancho y al ver a Ricardo, le dijo:

—Sin duda usted ignora cómo se castiga aquí los delitos de esta índole. Sírvale de consuelo de que usted es forastero y por eso no lo colgamos de la rama de un árbol, pero queda usted detenido hasta que se le pueda enviar a una cárcel de la ciudad, para que le juzguen según las leyes.

Conducidos por los hombres a sus órdenes

fueron encerrados en una habitación de la misma casa, bajo la vigilancia de un hombre puesto por el capataz.

Margarita, en quien la simpatía que le había inspirado el forastero, no la había dejado olvidarlo, al mismo tiempo que la gratitud que sentía por su antiguo amigo, decidió aprovechar la primera ocasión para facilitarles la fuga.

Durante todo el día estuvo como si nada extraordinario hubiese ocurrido y hasta dejó entrever al enamorado capataz algunas esperanzas de que su amor sería correspondido, cuando éste le dijo aquella tarde:

—Margarita, todo lo que he hecho por ustedes. Todo lo que hago, no es otra cosa que buscar una vereda que me lleve al corazón de usted.

—Le estamos muy agradecidos, Arturo—repuso la muchacha, que empezaba a sospechar algo—. Quién sabe si algún día podrá usted encontrar ese camino.

—¿De verdad, Margarita, que puedo abrigar algunas esperanzas?—volvió a decirle el capataz.

—Nadie se debe dar por vencido hasta el final, Arturo. Su acción de anoche me ha sorprendido mucho y he visto en ella el cariño que le profesa a mi padre.

Cegado por el amor que sentía por la muchacha, no sospechaba el malvado la doblez

que encerraban aquellas palabras y decidido a terminar cuanto antes aquel asunto, dió órdenes a sus hombres para que aquelle noche sacaran por última vez el ganado que tenían ofrecido a la Compañía, con la intención de no volver a robar más. Se consideraba con bastante capital, para ofrecérselo a Preting y que pagara las deudas que le apremiaban.

CUARTA PARTE

Llegó la noche y Arturo, ayudado por sus hombres sacaron el ganado del ranchó y lo condujeron al lugar donde siempre solían llevárselo para esperar el paso del tren y cargarlo para la ciudad.

Mientras ellos se dedicaban a esta operación, que había sido presenciada por Margarita, la muchacha, comprendiendo que era preciso desplegar la mayor astucia posible, se fué a la puerta del encierro donde estaban Ricardo y Dick, y le dijo al guardián:

—Arturo me ha dicho que vayas a ayudarle en un trabajo que tenéis que hacer urgente. Yo me quedaré aquí, por si acaso, hasta que tú vuelvas.

El cómplice del capataz creyó a ciegas lo que le decía la muchacha, y creyendo que se trataba del robo que tenían preparado para

aquella noche, hizo demán de marcharse, pero de pronto se quedó mirando a la puerta de los prisioneros, como dudando de dejar en ella a la muchacha, que le dijo:

—No temas. No me moveré de aquí hasta que vuelvas y para mayor seguridad tuya, déjame el revólver.

El bandido, confiado por el aire sincero de la joven, le entregó el revólver que pendía de su cinto y cuando ella lo vió desarmado, lo encañonó, a la vez que le ordenaba:

—Abre la puerta, antes de que yo pueda contar tres, de lo contrario eres hombre muerto.

La actitud de Margarita expresaba tal energía que el bandido no opuso la menor resistencia y obedeció a la muchacha.

Ricardo quedó sorprendido, al ver a su carcelero entrar de aquella manera, pero aun fué mayor su sorpresa cuando oyó decir a la muchacha:

—¡Aten a este hombre fuertemente!

Hicieron lo que decía y cuando ella vió reducido a la impotencia al cómplice de Arturo, les dijo a los encarcelados:

—No he podido creer que sean ustedes ladrones y por eso los dejo en libertad. Este es un miserable de los de la pandilla de Arturo y aquí se quedará hasta que diga dónde han llevado el ganado que han robado esta noche.

El acto de valentía que acababa de realizar

Margarita la elevó aún más a los ojos de Ricardo, que sintiéndose atraído por la fascinadora belleza de la joven, le dijo:

—Si usted me lo permite, yo mismo iré a desenmascarar al infame que nos quería hacer pasar ante usted por unos ladrones.

—Ante mí y ante los demás—respondió Margarita, comprendiendo las palabras de Ricardo; pero éste quiso ser aún más explícito y volvió a decir:

—A mí lo que más me importa es que usted no crea que yo soy ladrón, los demás me da lo mismo.

Cogió al carcelero por el cuello y atenazándolo entre sus dedos, que parecían de hierro, le exigió:

—¿Dónde ha llevado Arturo el ganado?

—No lo sé. Yo no sé nada—respondió el miserable.

—Pues, entonces, yo te lo haré decir—exclamó Ricardo, apretando aún más el cuello del bandido—. De tu confesión depende tu vida.

Viendo que la cosa se iba poniendo más seria de lo que parecía, el cómplice del capataz, exclamó:

—Suélteme y todo lo diré.

—¡Habla!—le dijo Ricardo, dejándole el cuello en libertad.

—Arturo y los hombres que conducen el ga-

nado han ido a la casita verde, para esperar el paso del tren—declaró por fin.

—¿Hasta qué hora están allí?—preguntó nuevamente Ricardo.

—Hasta las cinco de la mañana. Pasada esa hora no encontrárán a nadie.

—Está bien; yo y mi amigo iremos inmediatamente—le dijo Mesbourg a Margarita—. Le prometo que mañana por la mañana sabrán todos quiénes eran los verdaderos ladrones...

Estrechó la mano de Margarita y al contacto de ella sus ojos quedaron fijos en los de la muchacha, en los que Ricardo creyó leer un dulce promesa de amor.

Con el corazón hinchido por la esperanza de obtener el premio que Margarita parecía haberle ofrecido, Ricardo salió del rancho seguido de Dick, dispuesto a perder la vida, o a desenmascarar al autor de los robos.

El señor Preting, ajeno a cuanto ocurría, quedó sorprendido de ver entrar a su hija a aquella hora en sus habitaciones, y le preguntó:

—¿Qué ocurre para que estés despierta a estas horas de la noche?

—Ocurren cosas muy interesantes, papá—respondió la muchacha—. Esta noche, cuando ya todos me creían durmiendo, procuré mirar por la ventana de mi cuarto y vi a Arturo y a varios hombres, que son operarios nuestros, sacando el ganado de la empalizada.

—¡Tú sueñas!—exclamó el padre—. ¿Cómo es posible que Arturo haga tal cosa?

—Pues es así y lo que debes hacer es enviar unos cuantos hombres a la casita verde para auxiliar a otros dos que han ido a detener a los ladrones.

—¿Y quiénes son esos hombres?—preguntó el padre.

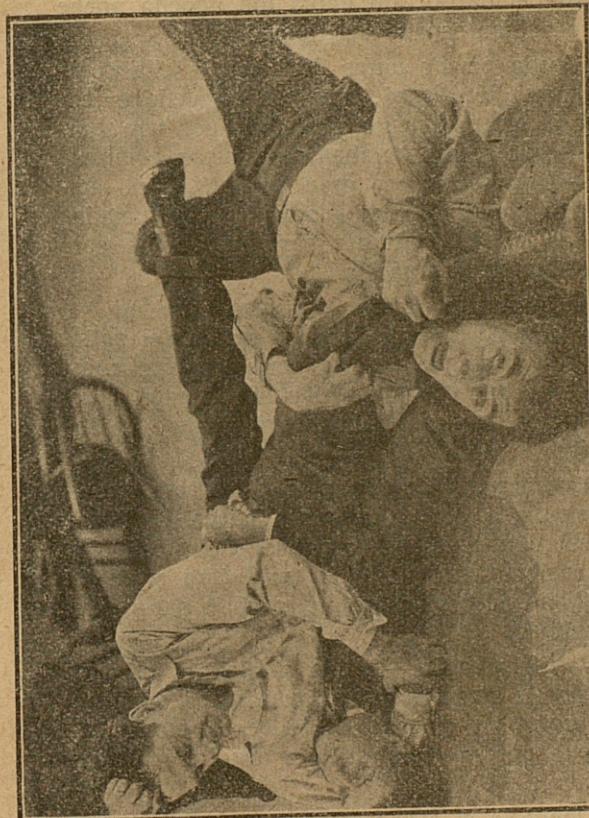
—Los mismos que anoche prendió Arturo para poder quedar impune de sus delitos.

—¿Los presos?

—Sí, los presos, que de todo tienen menos de ladrones. Ellos se han ofrecido y a estas horas están en camino de la casita verde.

—No irán solos los muchachos—respondió Preting—. Yo los acompañaré y, como sea cierto que Arturo me roba, te juro que no escapará sano de mis manos.

La casita verde, denominada así por la pintura de su fachada, era un viejo caserón abandonado, situado a unas cuantas millas de la estación del ferrocarril, donde acostumbraba Arturo a reunir a los suyos para darles las órdenes que debían ejecutar, o bien para guardar en su inmenso patio todo el ganado que robaba. Al ver su aspecto exterior, nadie hubiera podido sospechar que en aquella casa se refugiase una partida de ladrones y que allí celebraban sus triunfos y se repartían el producto de su rapiña.



Abrazados el uno al otro rodaron por el suelo.

Sin embargo, allí había ido aquella noche que habían sacado del rancho.

Desde mucho antes de llegar a ella comprendió Ricardo que los alrededores estaban estrechamente vigilados, por las sombras que se proyectaban de algunos hombres.

—Hay que ir con gran cuidado, Dick—exclamó Ricardo—. Ese miserable tiene tomadas todas las precauciones para que no le sorprendan en su guarida.

Dejaron los caballos, y arrastrándose entre la maleza llegaron a las tapias del patio. El ruido que hacían las reses les hizo comprender que todavía tenían allí el cuerpo del delito y una profunda alegría inundó el corazón de Ricardo.

Comprendía que lo más difícil era precisamente lo que faltaba por hacer. El llegar hasta donde estaba Arturo era empresa casi imposible, pero fiado en su fuerza y en su agilidad, ideó un plan que creyó le daría gran resultado.

—Vuelve atrás—le dijo a Dick—y procura llamar la atención de los guardianes, mientras yo entro en la casa. Si te ves apurado llámame por mi nombre, que acudiré inmediatamente.

Obedeció el otro y cuando se hallaba a alguna distancia de la casa y oculto en un lugar donde no podía ser descubierto, disparó

un tiro al aire y su detonación produjo la alarma que era de esperar.

Los guardianes empezaron a disparar también hacia el sitio donde creyeron había sonado la detonación y los hombres que había dentro de la casa salieron también para ver de qué se trataba.

Mientras tanto, Ricardo, aprovechando la confusión, entró en el interior de la casa y por una de esas raras coincidencias, se dió de manos a boca con el propio capataz y dos de sus cómplices, quienes al verlo se abalaron sobre él con ánimo de dar fin de su vida.

Así lo debió comprender Ricardo, puesto, que, sin dejarles tiempo para que sacaran los revólveres, se libró de uno de ellos de un puñetazo y empezó con Arturo una lucha terrible.

El capataz, hombre de gran corpulencia, tenía también una fuerza poco común y le hizo frente, seguro de que no tardaría en reducir a la impotencia a aquel hombre que había venido a hacer fracasar todos sus propósitos.

Abrazados el uno al otro rodaron por el suelo y el cómplice de Arturo intentó de aprovecharse de aquel momento para asestarle el golpe de gracia. Cuando ya iba a disparar el revólver un puntapié de Ricardo lo tiró al suelo y entre los tres empezó una lucha sorda

y encarnizada, que únicamente la muerte parecía que pondría fin a ella.

De pronto, un griterío ensordeció toda la casa y Arturo pudo ver, en un momento que quedó libre de los brazos de Ricardo, a Preting y los demás muchachos del rancho, que entraban, trayendo amarrados a sus cómplices.

Aquello le bastó para comprender la inminencia del peligro y de un salto se lanzó por la ventana a la calle.

Preting y sus hombres habían acudido a tiempo para salvar a Ricardo y cuando llegó a donde estaba éste, le ofreció la mano, a la vez que le decía:

—Perdóneme si tuve alguna duda sobre su amistad, pero gracias a mi hija me he convencido de su honradez y de su valor. Lo que acaba usted de hacer, le coloca por encima de todas las heroicidades que se cuentan del Oeste.

—No tiene usted por qué excusarse—le respondió Ricardo, estrechándole la mano—. Cualquiera en su caso hubiera hecho lo propio.

En aquel instante apareció Dick y le dijo alarmado:

—¡He visto a Arturo correr hacia el rancho y creo que algo malo intenta hacer!

—¡Mi hija!—gritó Preting, adivinando las perversas intenciones de su capataz,



— ¡Has de ser mía a la fuerza!

No necesitó nada más Ricardo para salir disparado en dirección al lugar donde estaba Margarita, expuesta al peligro de ser encontrada por Arturo y pagar el odio que éste debía albergar en su alma en aquel momento.

Desgarrando los hijares de su caballo, Ricardo volaba, más que corría, en auxilio de la joven, que en aquellos momentos se defendía energicamente contra el ataque del capataz, que, irritado por la resistencia de la joven, le decía:

—¡Has de ser mía a la fuerza!... ¡Mía aunque no quieras!

—¡Nunca!—gritaba la muchacha—. ¡Primero muerta que pertenecerte!

Luchaba él por unir sus labios a los de Margarita, que casi sin fuerzas para seguir resistiendo, gritó:

—¡Ricardo!... ¡Sálvame!

Como si hasta él hubiera llegado aquel llamamiento, el capataz sintió caer sobre su nuca un fuerte porrazo y quedó sin sentido.

—¡Gracias!—exclamó la muchacha, arrojándose a los brazos de Ricardo que acababa de entrar y que fué el que pegó al ladrón—. Creí que me moriría de miedo al verme en brazos de ese ladrón.

—¿Y no teme usted ahora nada, al verse en brazos de otro?—le preguntó, sonriendo, Ricardo.

—Usted no es ningún ladrón. Lo adiviné desde el primer día que lo vi. ¿No lo comprendió usted?—respondió Margarita.

—Yo lo único que comprendí aquel día, es que era usted la mujer más bonita que he conocido en mi vida.

Cuando entraron el señor Preting y los chicos del rancho aun estaban abrazados Margarita y Ricardo y el padre de aquélla, reprendió cómicamente a éste, diciéndole:

—Viene usted a salvar a mi hija y lo que hace usted es robármela.



—¿Por qué entras sin pedir permiso?

—No, yo no se la robo, yo se la pido únicamente—respondió Ricardo.

—Y si yo se la negara, ¿qué haría usted?

—Entonces, como ella me quiere, se la robaría—volvió a decirle Mesbourg, siguiendo la broma que había adivinado.

—No quiero más jaleo, puede usted quedársela, así como así me hace falta un nuevo capataz y usted viene que ni pintado—terminó diciendo el señor Preting.

Algun tiempo después, Jack había vuelto

a recuperar su aspecto de criado de casa grande y esperaba con deseo que llegara el día de tener una nueva ama, de que el rancho "La Amistad" y el de Preting fuesen sólo uno y mientras tanto, Ricardo y Margarita seguían conjugando con mayor ilusión el verbo amar.

Un día, cuando más distraídos estaban, entró Jack y su presencia turbó a la muchacha, que exclamó:

—Nos ha sorprendido Jack besándonos.

Ricardo se echó a reír, pero de pronto, adoptando una actitud dramática, se encaró con el criado y le dijo:

—¿Por qué entras sin pedir permiso?

—Yo no sabía que estaban ustedes aquí—repuso el criado disculpándose.

—Eso no es cierto—exclamó Ricardo—. Tú has entrado para ver cómo nos besamos Margarita y yo. —Y ante el asombro de la muchacha, la besó de nuevo, diciéndole: Ves de esta forma es cuando se es más feliz en la vida.

PROXIMO NUMERO

Su mejor carrera

Interesantísima película del Oeste basada en una original novela, soberbiamente interpretada por el aplaudido

HOOT GIBSON

!! ACONTECIMIENTO !!

NO DEJE USTED DE LEER EN SELECCION DE FILMS DE AMOR

la novela del más alto interés
y sugestivo asunto amoroso

LANCES DEL QUERER

DE LA INVICTA MARCA



INTERPRETADA POR LOS COLOSOS ARTISTAS

Norma Shearer Lew Cody

Carmel Myers Dorothy Sebastian

Servimos números sueltos y colecciones completas previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

ENVIAMOS CATALOGOS

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707, Barcelona

Los grandes éxitos de BIBLIOTECA FILMS

Las Grandes Novelas de la Pantalla

1·50 ptas. tomo

| | |
|--------------------------|----------------|
| RESURRECCIÓN | R. D. Roque |
| JAQUE A LA REINA | Charles Dullin |
| EL GAUCHO | D. Fairbanks |
| LA CABANÁ DEL TIO TOM .. | James B. Lowe |

Selección de Biblioteca Films

50 cts. novela

| | |
|-------------------------------|---------------|
| BEN-HUR | Ramón Novarro |
| LA PEQUEÑA VENDEDORA | Mary Pickford |
| D. QUIJOTE DE LA MANCHA | C. Schonstrom |
| EL CIRCO | Charlot |
| NAPOLEON | A. Dieudonné |
| EL ESPEJO DE LA DICHA... | Lily Damita |

Selección de Films de Amor

50 cts. novela

| | |
|-----------------------------|----------------|
| EL CUARTO MANDAMIENTO | Mary Carr |
| ODETTE | F. Bertini |
| TITANIC | George O'Brien |
| FLOR DEL DESIERTO | Ronald Colman |

LAS MIL Y UNA NOCHES

(LOS CUENTOS ETERNOS)

30 cts. cuaderno

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS-Apdo. 707, Barcelona